

Hay que recordar que una misión no mantenía a toda la población de la región que tenía destinada, sino que lo hacía según sus recursos; por esa razón los californianos turnaban su estancia en los asentamientos cristianos. Cuando no permanecían en la misión, contaban con un neófito cristiano que se ocupaba de mantener los deberes de evangelización e informar al misionero de las novedades del grupo (F. X. Clavijero 1982: 232).

Otra norma habitual en las misiones era la exigencia por parte de los jesuitas de recibir los elementos de culto tradicional —tablillas pintadas, capas de pelo, pezuñas de venado y otros— antes de otorgar el bautismo; todo ello era seguidamente quemado públicamente (F. X. Clavijero 1982: 147 y 160).

Como es de suponer, no todos los indios tuvieron la misma actitud para con los recién llegados; en muchas ocasiones los *shamanes* o «*guamas*» presentaron una hostilidad manifiesta que comportó más de un conflicto. En este sentido los misioneros se inclinaron por intentar controlar a todos aquellos que podían causar complicaciones mediante la otorgación de honores e incluso les llegaban a nombrar gobernadores de la misión¹⁷. Cuando ello no era suficiente para controlar su comportamiento, el misionero intentaba obligar al rebelde con amonestaciones públicas, favores personales, etc (F. X. Clavijero 1982: 162-175). Dentro de los favores personales tenemos varios relatos en los que el misionero interviene en favor de un encausado ante la justicia. Ciertamente, los soldados eran los encargados de castigar los delitos menos graves con el consentimiento del misionero¹⁸; pero en ocasiones, misionero y soldados organizaban una simulación como la que protagonizó el padre Arnes cuando apresaron a unos indios que planeaban asaltar su campamento:

El padre Arnes, después de haberse convenido secretamente con el cabo de los soldados, que debía hacer de juez en aquella causa, le mandó un recado en público para que le oyesen todos, y principalmente los prisioneros, suplicándole encarecidamente que se contentase con aplicar un ligero castigo a los principales de los reos, perdonando a los restantes y concediéndoles a todos la libertad de regresarse a su país. El cabo aparentó ceder a las súplicas del misionero, y habiendo mandado dar sólo ocho azotes al reo principal, los puso en libertad a todos. Ellos creyéndose deudores al misionero de aquel favor fueron a darle las gracias... (F. X. Clavijero 1982: 227).

Las misiones jesuitas se organizaron en tres distritos: el del norte, el del sur y el de Loreto, situada entre las anteriores y que era la capital de California. Cada uno de estos distritos tenía un responsable o rector, y toda la península estaba bajo el mando de un «padre visitador», nombrado por el «provincial» de la Compañía entre los propios misioneros, cuya obligación consistía en visitar todas las misiones durante los tres años que duraba su mandato y procurar por todos los asuntos de las misiones. Además de esto, cada tres años un «visitador general» de la provincia de México visitaba las misiones de Baja California. Esta jerarquización jesuita vinculaba al misionero más apartado con la Compañía y ayudaba, junto a la preparación de los nuevos encargados de misiones por los más veteranos, a la homogeneización de criterios y comportamientos.

¹⁷ La otorgación de «honores» era una cosa habitual si atendemos a la carta que el padre Piccolo envía al padre Bravo, en que describe su viaje por tierras del norte y cómo otorga el bastón de Capitán General a un jefe indio en nombre del Rey (E. J. Burrus (ed.) 1962: 192).

¹⁸ Las penas para los delitos leves oscilaban entre seis y ocho azotes o algunos días de prisión. Para los delitos considerados más graves, castigados con pena de muerte o destierro, el reo debía ser conducido, para ser juzgado, ante el capitán de la California (F. X. Clavijero 1982: 237).

Los aborígenes de Baja California

Los informes, crónicas e historias que redactaron los misioneros jesuitas seguían un esquema que, con ligeras variaciones, recogían una serie de aspectos fundamentales: la geografía, la historia natural, el estado de las misiones y la vida de los indígenas. Sobre éstos, sobre su aspecto, vida y costumbres, hicieron unas descripciones que, si bien desde un punto de vista etnográfico nos parecen parciales e insuficientes, son extremadamente detallistas en muchos aspectos. Es por ello que estos textos son de una importancia extrema a la hora de estudiar los pueblos aborígenes de Baja California, máxime cuando la extinción del indio sudcaliforniano es prácticamente total.

Aspectos demográficos

Los indios que habitaban Baja California eran pueblos de cazadores-recolectores-pescadores que, a decir los escritos de los misioneros, eran de constitución robusta, bien formados y de color algo más «tostado y oscuro» que otros indios de Nueva España (M. Venegas 1944:67; M. del Barco 1989: 254-255; J. J. Baegert 1942: 69-70; F. X. Clavijero 1982: 51).

Algunos misioneros intentaron presentar un recuento de la población indígena en base al número de poblados o rancherías y sus habitantes; así, según los cálculos de J. J. Baegert, antes de la llegada de los españoles, habitaban la península entre cuarenta y cincuenta mil personas, mientras que en 1768, cuando la expulsión de los jesuitas, quedaban sólo 12000 en las misiones (J. J. Baegert 1942: 70)¹⁹.

Si partimos de la base de que en Baja California no tenemos documentadas significativas guerras entre los indios, ni la penetración europea estuvo acompañada de «matanzas generalizadas», fueron los estragos causados por las nuevas enfermedades, que trajeron consigo los europeos, las que provocaron la gran mortalidad del indio sudcaliforniano. Según recoge F. X. Clavijero, en 1709 aparece la primera epidemia de viruela, y especialmente funestas fueron las epidemias de distintas enfermedades que entre 1742 y 1748 azotaron el sur de la península y que llevaron a prácticamente extinguir las poblaciones meridionales (F. X. Clavijero 1982: 132 y 197-198). En San Ignacio, una de las misiones septentrionales de fundación jesuita, la población pasó de 1249 habitantes a 750 desde 1730, poco después de su fundación, hasta 1767 (según H. Aschmann citado por T. J. Banks [1972]), y tenemos documentadas las distintas epidemias que la asaltaron durante el siglo XVIII; estas nuevas enfermedades eran: la viruela, el sarampión, la disentería, la malaria, el tifus y la sífilis (T. J. Banks 1972).

Si ciertamente, en términos generales, el advenimiento de los colonizadores no causó grandes enfrentamientos armados, en el sentido de dos grandes ejércitos enfrentados, está claro que la nueva situación causó diversos altercados durante todo el perio-

¹⁹ Para la evolución demográfica de Baja California durante la etapa misional y los problemas que presenta su documentación, ver entre otros: W. M. Mathes (1985) y E. von Borstel (1985).

do misional. Normalmente, los que presentaron una oposición más fuerte al establecimiento de la «cristiandad» fueron los shamanes o «guamas» —según el término utilizado en el sur de la península—, quienes acusaban a los recién llegados de cualquier desgracia acaecida y de las nuevas enfermedades (F. X. Clavijero 1982: 132). Lógicamente, también fueron éstos los que sufrieron la mayor represión por parte de los cristianos, ya que como encargados de las curaciones y del culto a las creencias tradicionales, eran el enemigo a vencer. Todos los escritos de los jesuitas coinciden con exaltar los vicios y engaños de los guamas y el gran peligro que representaban.

A todo lo dicho hay que añadir un episodio trágico como fue la rebelión de los pericúes de 1735. Este sí que fue un enfrentamiento que causó bajas en ambos lados y que tuvo una duración de un par de años. Siguiendo el relato de Clavijero, la razón de la sublevación fue el impedimento que los misioneros ofrecían para practicar la poligamia tradicional. Durante los enfrentamientos fueron muertos los padres Tamaral y Carranco, y se tuvieron que reorganizar las poblaciones del sur. Como las escasas fuerzas apostadas en la península no podían hacer frente a un levantamiento de tal tamaño, los jesuitas tuvieron que pedir ayuda varias veces al virrey, quien no respondió a tales solicitudes, hasta que finalmente reclutaron a todos los californianos que pudieron reunir en su favor y les sumaron sesenta yaquis traídos del continente; con estas fuerzas empezaron a ganar terreno hasta que finalmente el virrey envió nuevas tropas que terminaron por sofocar la rebelión²⁰. Esta verdadera guerra dejó muy diezmada la población del sur, y aunque continuaron habiendo algunas escaramuzas con los pericúes, éstas ya no tuvieron mayores consecuencias (F. X. Clavijero 1982: 177 y siguientes).

A pesar de las noticias de todos estos conflictos, no tenemos datos concretos sobre las muertes violentas durante la época jesuita, si bien, como ya hemos dicho, tras la guerra con los pericúes y las posteriores epidemias, las tierras del sur quedaron despobladas de sus aborígenes y el resto de la población californiana descendió considerablemente.

Distribución y origen de la población

Debido a la falta de unas fronteras precisas, los misioneros jesuitas reconocieron los distintos pueblos aborígenes en base a los idiomas que se hablaban en cada área (M. Venegas 1944: 63-64; M. del Barco 1989: 246); normalmente estos límites eran cambiantes, lo cual ha provocado algunas diferencias en la división territorial y filiación lingüística que nos presentan los distintos autores. Sin embargo, en base a la tarea de recopilación y estudio lingüístico que realizaron los jesuitas, éstos reconocieron tres lenguas básicas divididas en distintos dialectos, a saber: la cochimí, la guaicura y la pericú, distribuidas respectivamente de norte a sur; éstas forman las tres «naciones» con que se ha simplificado la población californiana (M. del Barco 1989: 247;

²⁰ Según Clavijero, el virrey sólo actuó cuando el puerto en que repostaba el navío de Filipinas fue atacado; después de la rebelión se construyó el nuevo presidio de San José del Cabo que, como ya hemos comentado, fue dirigido primero por hombres del virrey y posteriormente por responsables afines a los jesuitas.